

SOBRE LA LETRA RAYADA*

En torno a la articulación
de los códigos somáticos y lingüísticos

FABIO BURITICÁ

Psicólogo-Psicoanalista

fabiohur@col.net.co

SUR LA LETTRE-RAYURE

Autour de l'articulation
des codes somatiques et linguistiques

On examinera attentivement le processus d'inscription au corps des empreintes de son rapport avec d'autres corps, qui, dans un processus normal de subjectivation, conformerai un code somatique primaire, à s'articuler après avec le code linguistique. Si la fonction du code somatique consiste à exprimer le sens, celle du code linguistique est d'exprimer la signification. Ainsi, on pose la parole comme la tombe du sens et le berceau du signifié. On essaiera de rendre compte du statut somatique et matériel de la lettre, faisant appel aux textes littéraires et essayant une articulation philosophique, psychanalytique et sémiotique.

ON THE CROSSED OUT LETTER

Concerning the articulation
between somatic and linguistic codes

The aim of this paper is to take into consideration the inscription on the body of the traces of its relation with other bodies, which would configure a primary somatic code—in a normal process of subjectivation—to be later articulated to the linguistic code. If the somatic code has the function of expressing sense, the function of expressing signification corresponds to the linguistic code. In this way, the word is proposed as the tomb of sense and the cradle of significance. Using literary texts and conjoining philosophical, psychoanalytic and semiotic approaches we attempt to give account of the somatic and material status of the letter.

* Texto presentado en «Lo escrito, escrito está: Jornadas sobre escritura, letra e inconsciente». Universidad Nacional de Colombia, noviembre 5 y 6 de 1999.

Introducción

El objetivo de las consideraciones siguientes es dar cuerpo a algunas hipótesis concernientes al proceso de inscripción -en el soma- de las huellas de su relación con otros cuerpos físicos y orgánicos; huellas que configurarían un código somático primario que, en un proceso de subjetivación normal, se articularía con un código lingüístico.

Si el código somático tiene como función la expresión del *sentido*, sobre el lingüístico recae la función de manifestar la *significación*. De esta manera, la palabra se plantea, a la vez, como sepulcro del sentido y cuna de la significación.

El punto de articulación entre el código somático y el código lingüístico lo planteamos a partir de las nociones winnicottianas de objetos y fenómenos transicionales, gracias a los cuales, a la vez que se construye el primer símbolo de conjunción entre las representaciones que el niño tiene de sí y de su madre, se efectúa la conjunción de los códigos en mención.

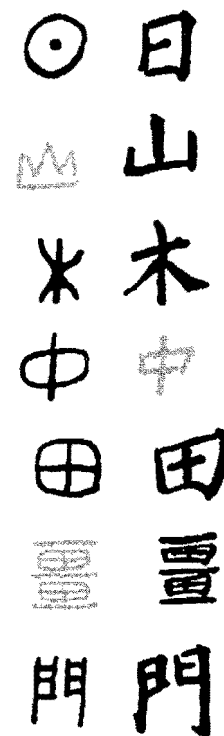
Nuestro intento pasará por la consideración de la noción de *letra*, a partir de los planteamientos que sobre ella se hacen desde la lingüística y desde el psicoanálisis, para arribar a la construcción de la categoría de *soma-sema* -que da cuenta del estatuto de la *letra somática*-, en contraposición con la de *sema-soma*, la cual expresa el contenido de la *letra lingüística*. De esta manera la letra, en general, comporta en su materialidad un componente somático y un componente físico, que dan cuenta -en su imbricación- tanto del sentido como de la significación.

Esta reflexión acerca del carácter somático y material de la letra nos permitirá bosquejar una consideración sobre la incidencia de sus avatares en el proceso de escritura en general.

La palabra entre la cuna y el sepulcro

El mundo se incorpora por medio del lenguaje, cuando el sentido de lo humano se desencarna y toma cuerpo en las palabras para que la significación aflore.

Originariamente, el cuerpo del sentido se identifica con el soma que siente y expresa, con sus movimientos y reposos alternantes, los afectos provocados por los cuerpos con los cuales entra en relación y a los cuales también afecta.



Pictogramas de los orígenes de la escritura china.

A la izquierda:

el sol, la montaña, el árbol, el ambiente, el campo, la frontera y la puerta.

Mirava il ciel sereno,
 Le vie dovate e gli orti,
 E quindi il mar da lungi, e quindi il monte.
 Qualunque mortal non dice
 Quel ch'io sentiva in seno.

Que pensieri miei,
 Che spalanca, che on, o s'illia mia!
 Quante allor si apparia
 La vita umana e il fato!
 Quando sovvenni di costata preme,
 Un cordoglio mi preme
 Giurbo e consolate,
 E tornavo a solo di mia natura.
 O Natura, o Natura,
 Perché non rendi poi
 Quel che prometti allor? perché di tanto
 Inganni i figli tuoi?
 Tu pria che l'erte inaridiva il verno,
 Da chiuso manto consumata e vinta,
 Desiva, o tenerella. E non vedevi
 Il fior de gli anni tuoi;
 Non ti vedeva il core
 La dolce lode or de la negra chioma,
 Ch'io furò i nestri a
 quel tempo, o di mia!
 Quale, qual di ap. Qual
 si apparia allor. quale
 appria me l'alma tutta
 allora.
 Qualor.
 allora.
 sempre no debo.
 Ritornami. E tornai ora
 cor pietà! E tornai
 pietà. E costò ancor
 servi.
 i poggj sole
 rido. autunno.
 Dopo il tramonto, l'
 agitar, di! posché ho
 na. scatto).

Giacomo Leopardi

El cuerpo primario del sentido es, entonces, el soma en donde aquél se encarna para devenir soma-sema que expresa en sus palpitaes y quietudes, dichas y contentos, pesares y tristezas.

De este modo, el cuerpo en tanto soma es signo para sí y para los otros, que leen en su superficie el dolor que expresa, la rabia que lo inunda, la expectativa que trasluce o la felicidad que lo embarga.

Pero este fundamental sentido no basta al ser que, ávido de lo humano, presente que la proximidad debe transformarse en lejanía para que la *proximidad* advenga bajo la forma de un otro que lo marque con su más cercana e íntima diferencia.

La búsqueda del encuentro con el prójimo demanda del sentido encarnado en el soma, el abandono del ser para incorporarse a otro cuerpo que, en sus devenires, diga la ausencia de lo que quiere presentificar y la presencia de su inasibilidad.

Para este encuentro, que tal vez nunca se sabrá fallido, el sentido intuye que no basta con la expresión de su anhelo: su ansia debe ser *anunciada* para que el ser que expresa se *enuncie*; así como lo buscado se anuncia y se escabulle en su propia enunciación.

Lo que servirá de vehículo de una búsqueda que debe ser paulatina y dolorosamente configurada por el sentido mismo: a partir del primer grito, con el cual se expresa la desgarradura del sentido al desencarnarse el *sema* del *soma*, al abandonar su ser, va delineando el medio que lo anuncia con su voceo, su otro propio cuerpo que lo enuncia: su voz.

¡Voz!, ya no carne, aunque el sentido que inicialmente en él habita aún destile gotas de sangre arrancadas -en su desprendimiento- al soma.

Voz, puro cuerpo físico, tan fluido en su ser como asible el soma al cual sustituye. Voz que articulándose consigo misma va dando cuerpo a la palabra de la que se desprende la significación enunciada, que expresa -a la vez que oculta- el sentido de la enunciación y el lugar carnal de su procedencia.

Si en la significación hay que desentrañar el sentido que ésta expresa, en el cuerpo de la palabra -en su voz- hay que asir el soma al cual remite. La encarnación de la palabra, constituyente del sujeto, se corresponde con el apalabramiento del cuerpo.

Si en el síntoma somático el sentido no puede desencarnarse para acceder a la dimensión del decir de la palabra, en el decir sinsentido la significación remite circularmente a sí misma, sin apuntar al sentir de la carne.

El decir pleno, que implica tanto el abandono del soma como su reencuentro a nivel simbólico, conlleva un proceso doloroso por lo que se pierde a nivel del enunciado. ¡Duelo por la muerte de la cosa, por su ausencia!

Hay presencia del dolor al enunciar. Dolor, no por el contenido del dicho en sí, sino por el ser que dicho contenido mata. Por ello, el silencio es tanto un acto de vida como un acto de muerte. Vida del sentido y muerte de la significación.

De cierta forma existe una relación paradójica de la palabra respecto al ser: es su cuna, porque sólo por medio de ella podemos con-sentirlo en su idealidad. Pero también es su sepulcro, porque el cuerpo de la palabra lo despoja de su materialidad somática.

El cuerpo de la palabra -la voz- no puede coexistir con el cuerpo del ser, con el soma. La palabra desaloja al ser que nombra. No caben dos cuerpos en uno. ¡Dos en uno no caben: cero al co/ns/ciente! De esta situación surge un cierto inconsciente, asumido como el sentido no dicho del ser cuyo soporte es la carne; el sentido no consciente en la significación de las palabras.

La palabra-cuna presentifica al ser. La palabra, en su dimensión sepulcral, lo ausentifica. La palabra es a la vez cuna y sepulcro del ser: cuna de la significación y sepulcro del sentido.

Con ella, entonces, acunamos y amortajamos. Acunamos la vida y amortajamos la muerte. Por ella accedemos a la verdad de la vida y a la verdad de la muerte. Verdades que se construyen devotamente en el apasionado y permanente decir musitado de la palabra que, tomando cuerpo, deviene sepulcro del sentido muerto y cuna de la significación viviente.

La apuesta por lo humano exige jugarle siempre con esperanza a la vida, aun a sabiendas de que uno por uno seremos ganados por la muerte. Pero también sabiendo que con esta opción le prolongaremos la partida tanto tiempo como lo permita el relevo de jugadores.

¿Cómo se inscribe el lenguaje en el sujeto?

Para la inscripción del lenguaje en el sujeto se requieren una madre, un niño y palabras: cuerpo de madre, cuerpo de niño y cuerpo de palabras.

De estos órdenes que son somáticos y corpóreos existen representaciones desde un comienzo. Representaciones fusionales que comprometen a los tres, pero de los

*Vasconia - Bilbao - me dio' con su sangre espiritual
el hueso del alma, que Carita - Salimanca - con su habla sobre
todo me soltó y amació, y el meollo trémino "pand".
11 VIII. 34
Tú y el alborzucero*

Unamuno, 1934

古
右
之
任
遣
華
直
也

Poema chino

cuales el psicoanálisis sólo ha destacado la fusión representativa del niño con la madre.

La representación fusional del niño con las imágenes de palabras da cuenta de su inmersión en el lenguaje y/o de la inscripción de éste en aquél. Inicialmente, al niño se le escapa la dimensión simbólica del lenguaje. Éste no le representa ni le simboliza nada, al ser un símbolo total que remite a la totalidad de su soma-mente. El niño duerme en lo simbólico y es arrullado por ello sin tener conciencia de esto.

La verdadera inscripción del lenguaje simbólico comienza por una situación que vislumbramos como límite: límite de dos cuerpos-somas que empiezan a diferenciarse, límite de sus representaciones en tanto cuerpos y límite de las representaciones de palabras con que los mismos se designan.

Si el proceso continúa sin más, se rompe la continuidad de la “experiencia” somática y representativa, al establecerse abruptamente lo discontinuo. Se arriba, entonces, a una percepción exclusivamente objetiva de sí y de la madre, a un reconocimiento perceptivo de los cuerpos-sonoros y a una representación de los mismos, pero sin que exista medio simbólico de unión entre los cuerpos-somas y entre las representaciones de los cuerpos-palabra sonoros.

Las producciones sonoras del niño remitirán a su propio cuerpo. No se podrá tener la representación gracias a la cual la imagen de un cuerpo-sonoro se refiera a la imagen de un cuerpo-somático, pues no existe el gozne que haga puente con el cuerpo del otro y con la representación del suyo propio.

La imagen acústica no remite al otro. La imagen de palabra no evoca a un semejante. Siendo radical la discontinuidad, no existe palabra-cuerpo como significante, pues no hay significante del otro. Sólo existen significantes corporales de sí. Significantes somáticos de un cuerpo —todo carne. Cuerpo no significante ni para sí ni para el otro.

El cuerpo de la palabra se ha encarnado mas no su significante. La palabra se ha degradado, se ha somatizado. El uso de la palabra en estos sujetos es síntoma de la somatización del significante del otro. La huella que deja el significante adviene síntoma que concierne, en la instancia de la enunciación, al enunciador mas no al enunciatario, ni mucho menos a la relación entre ambos.

Síntoma que concierne a un otro no particularizado y no simbolizado. Síntoma de un sujeto no realizado en y por el discurso de la lengua, pero sujeto que continúa siendo virtual y que se actualiza en el mismo proceso sintomático del lenguaje, por medio de un discurso somático.

Puede considerarse que el lenguaje, para acceder a su condición simbólica, debe actualizarse como síntoma en los sujetos virtuales. Connotándose intencionalmente como síntoma para un otro, puede ser interpretado y denotar aquello otro a lo cual remite. Pero para ello debe construirse el gozne que haga unión con el otro potencialmente receptor e interpretante del mismo.

Sólo se puede acceder al lenguaje superando el mero estar en él, por medio de su uso particular por parte del niño, pues se puede estar en un sitio sin jamás acceder al mismo.

El sujeto debe usar los cuerpos sonoros en un sentido muy distinto al de la repetición. Debe usarlos creyendo que él los crea como puente y gozne entre la representación de sí y aquella de la madre.

En este sentido, debe interponer entre su cuerpo-soma y el cuerpo-soma de la madre, un cuerpo sonoro, pues la separación y la unión deben vocearse para que puedan inscribirse.

El uso no ético del lenguaje -en el sentido de no creer que es su propia creación, cuyo fin es unir simbólicamente lo que antes fue fusión somática- podría estar en la base de una patología social del lenguaje, cuando éste se utiliza como un objeto más del que se dispone.

Cuando existe un uso transicional previo del lenguaje, éste deviene una creación propia. La palabra empeñada por mí es mi propia creación, como también lo es mi empeño. De esta manera, no podría traicionarla sin traicionar mi propia creación; falsear mi obra, sin falsearme a mí mismo.

Si asumo el lenguaje como algo que encuentro a mi disposición exclusivamente para denotar cosas, puedo falsearlo como falseo cualquier objeto, como enmascaro el mundo y como conscientemente me disfrazo en la cotidianidad de mis relaciones, sin tener conciencia de que con ello me distancio del mundo, de las cosas, a la vez que me extraño a mí mismo.

El objeto transicional y la palabra con la que aquél se designa, se inscriben como imágenes que permiten que la fusión devenga unión simbólica, para que la separación se opere en lo real sin que se rompa la continuidad de la “experiencia”.

El acceso al orden discursivo que hace posible la realización de los programas narrativos que están actualizados en el sujeto virtual, sólo es posible si antes existe un hacer somático con objetos que de cuenta de la institución de objetos transicionales que adquieren valor de objetos de unión simbólica.



Estando inmerso en el lenguaje, el niño en tanto sujeto virtualizado y actualizado debe crearlo de nuevo con su uso como objeto transicional. Si antes se había alienado en él -sin que lo representara ni simbolizara-, ahora debe recrearlo para su uso con fines de representación y de unión simbólica con los otros.

La discursivización somática

El uso del objeto transicional cobra cuerpo en lo que podemos denominar una *discursivización somática*, que tiene como fin la posesión y el uso del objeto que, existiendo en la realidad, no tiene para el niño el carácter de objeto interno ni externo, sino que se ubica en la zona intermedia entre lo subjetivo y lo objetivo.

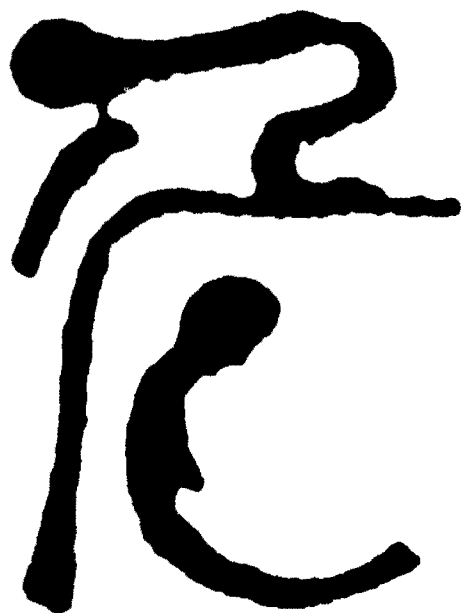
La discursivización somática, en tanto primer hacer somático simbólico, se configura por el uso del objeto transicional. Como objeto, su existencia está garantizada porque el contexto lo provee. De allí lo extrae el niño y lo convierte en su primera posesión que, usada en los momentos de angustia, sirve a los fines de garantizar la continuidad simbólica de su relación con la madre. Es el uso que hace de él -con esta específica finalidad- lo que lo convierte en símbolo de unión.

El aporte de cada niño al lenguaje consiste, entonces, en la creación de un símbolo de conjunción, sin el cual las palabras no dejan de ser cuerpos sonoros que se perciben y se pueden usar sólo en su carácter real e imaginario, en tanto pueden designar un objeto y propiciar su imaginización, pero no el acceso a la dimensión simbólica del lenguaje, consistente en permitir una comunión simbólica con el otro sobre un fondo de separación en lo real.

Para ello se requiere de programas narrativos que deben ser realizados por medio de un hacer somático con cuerpos -objetos reales, sonidos en tanto cuerpos materiales- para que el sujeto se actualice como sujeto transicional en relación con objetos del mismo carácter.

Un estado de conjunción corporo-somática simboliza para el sujeto transicional un estado psíquico de unión. De todo cuerpo existe una representación, una idea, así como existe una idea de la relación por medio de la cual mi cuerpo entra en contacto con los otros cuerpos. En el caso del niño, la posesión conjunta con un cuerpo simbólico da como resultado una representación simbólica o ideal de esa unión.

El espacio transicional, en tanto paradigma del lugar en donde verdaderamente tiene lugar la experiencia cultural, se configura primariamente como actualización de



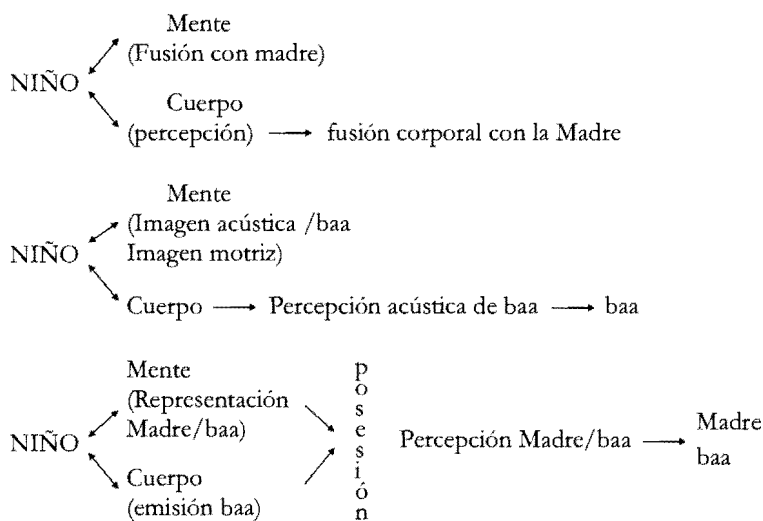
un programa tendiente a representar en la mente un estado de fusión con el objeto primordial, el cual se encuentra disjunto en lo real.

De este modo, la experiencia cultural se inicia con la representación del contacto y uso en lo real de un símbolo de unión de lo que en lo objetivo se encuentra separado y de lo que, de cierta manera, en lo subjetivo también lo está.

Queremos enfatizar que, más que el uso de un objeto particular cualquiera como objeto transicional, es el uso de las expresiones fonemáticas -vocálicas y/o consonánticas- con las cuales se acompaña el manipular del objeto lo que verdaderamente configura al objeto transicional como simbólico y lo que permite que el uso del lenguaje vaya adquiriendo tal carácter.

Es entonces el manipular de las letras -en tanto cuerpos físicos elementales disponibles en el ambiente de los que se apropia el niño para su uso con fines de conjunción simbólica con la madre- lo que abre el acceso a su verdadera inserción y apropiación simbólica de la totalidad del lenguaje, por medio del cual va a iniciar el proceso de traducción ininterrumpida del código somático al código lingüístico, para acceder -por momentos- al uso de la *palabra plena*, consistente en la adecuada coincidencia de las letras somáticas con las letras del código lingüístico, por medio de la cual el decir pleno coincide fugazmente con la verdad del ser en el instante mismo en que la expresa.

Lo anterior se puede ilustrar desde Winnicott, cuando considera que las propias vocalizaciones del niño pueden operar como uso transicional de las mismas, en su abordaje de la expresión fónica *baa* en tanto objeto transicional de un sujeto.



Los jeroglíficos encerrados en un cerco oval contienen el nombre de los reyes. Champollion atribuyó valores fonéticos a estos jeroglíficos y obtuvo PTOLMYS.

Sobre la letra rayada

Con las consideraciones siguientes pretendemos dar cuenta del paradigma de la *letra* en general, a partir de la metáfora de la *letra rayada*, desde la cual queremos significar el estatuto de la letra correspondiente al código somático, de la cual las rayas -trazos- infantiles que acompañan el aprendizaje de las primeras letras del código lingüístico, sólo son remedos tendientes a congelar la fugaz materialidad de los *rayos* y *destellos* con los que las letras somáticas testimonian su existencia en el instante mismo de su fulgurante desaparición.

Para Jakobson¹ todos los valores semióticos, desde el punto de vista del significado, se ubican en tres clases fundamentales: en la primera, el significado funciona en el enunciado como contenido, en la segunda como signo y en la tercera como signo de un signo. Corresponde a la primera el morfema, a la segunda el fonema y a la tercera la letra.

Desde esta perspectiva, la letra -dentro del código lingüístico- comporta al grafema como unidad distintiva gráfica. Pero esta unidad distintiva gráfica significa al fonema en su carácter de unidad distintiva acústica.

“Con otras palabras, el grafema contiene una imagen óptica en el plano del significante y un fonema en el plano del significado”².

De esta manera, la letra se nos configura como la conjunción de dos imágenes: una óptica o visual, y la otra acústica. La una, evocadora de la grafía mínima, del trazo mínimo. La otra, remitente a la mínima unidad articulatoria.

Nos vemos obligados a asumir la letra no como una materialidad gráfica o fónica, sino como la articulación de sus imágenes correspondientes. La huella, el trazo, no es la letra, aunque sin huellas ni trazos no cobraría existencia.

Desde esta perspectiva la letra, en tanto conjunción de imágenes correspondientes a unidades mínimas gráficas y fónicas, no sería más que la reducción del signo lingüístico a las unidades mínimas correspondientes al orden del significante.

La letra aparece entonces desde el código lingüístico como el signo que da cuenta de la constitución del significante. Una articulación de letras configurará el morfema y la imagen de palabra -significante- que, articulada con otras, enunciará los significados que de la misma se desprendan.

Para Lacan, la letra se designa como “[...] el soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje”³. Este soporte material se ubica en la materialidad del fonema, elemento último diferencial que daría cuenta de la estructura del significante.

1. Roman Jakobson, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

2. *Ibid.*, pág. 115.



3. Jacques Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente”, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1979.

“Esto quiere decir que sus unidades -las significantes-, se parta de donde se parta para dibujar sus imbricaciones recíprocas y sus englobamientos crecientes, están sometidas a la doble condición de reducirse a elementos diferenciales últimos y de componerlos según las leyes de un orden cerrado.

Estos elementos, descubrimiento decisivo de la lingüística, son los *fonemas*, en los que no hay que buscar ninguna constancia *fonética* en la variabilidad moduladora a la que se aplica ese término, sino el sistema sincrónico de los acoplamientos diferenciales, necesarios para el discernimiento de los vocablos de una lengua dada. Por lo cual se ve que un elemento esencial en el habla misma estaba predestinado a moldearse en los caracteres móviles que Didots o Garamonds, atascados en las cajas, presentifican válidamente lo que llamamos la letra, a saber, la estructura esencialmente localizada del significante”⁴.

De lo dicho hasta aquí se desprende que el estatuto de la letra está en relación con la imagen del fonema que una imagen óptica -la grafía o letra- representa, según Jakobson. Y según Lacan, con la estructura del significante, en tanto sus elementos diferenciales articulados remiten a la articulación fonemática.

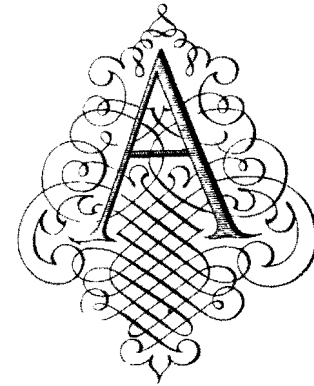
El sueño, desde la perspectiva que agencia Lacan, se nos aparece como una escritura, cuya lectura debe hacerse al pie de la letra, partiendo de lo que al respecto ya había planteado Freud.

“Y Freud estipula acto seguido que hay que entenderlo -el sueño-, como dije antes, al pie de la letra. Lo cual se refiere a la instancia en el sueño de esa misma estructura literante (dicho de otra manera, fonemática) donde se articula y se analiza el significante en el discurso. [...] Esta estructura de lenguaje que hace posible la operación de la lectura, está en el principio de la *significación del sueño*; de la *Traumdeutung*”⁵.

No sobra puntualizar la subordinación que tal concepción de escritura implica respecto al habla, ya que la hace depender de la estructura del fonema, en tanto unidad distintiva en el plano de lo acústico. Por lo demás, puede llevarnos a la consideración de que todo acto de habla implica una lectura de algún texto, a la vez que configura la escritura de lo que se habla.

Partiremos de la noción de letra que se desprende de los planteamientos de Jakobson, para arribar a la formulación de lo que podríamos entender por ella dentro de un código somático.

Explicitaremos la noción de código de la que partimos, la cual engloba tanto las letras configurantes del código lingüístico, como las del código somático. Dicha noción, construida por Basil Bernstein, consiste en “[...] un principio regulativo



4. *Ibid.*, pág. 187.

5. *Ibid.*, pág. 195.

6. Basil Bernstein, *La construcción social del discurso pedagógico*, Bogotá, Ed. El Griot, 1993, pág. 9.

7. *Ibíd*, pág. 10.

tácitamente adquirido que selecciona e integra; a) significados relevantes; b) la forma de su realización y c) contextos evocadores”⁶.

Para Bernstein, los códigos “tratan esencialmente de significados, no de lenguaje y son un principio semiótico no lingüístico”⁷.

Desbordando el marco del código lingüístico podemos acceder a la posibilidad de dar cuenta de códigos somáticos si estamos en capacidad de plantear la existencia hipotética de unidades somáticas mínimas que, en tanto significantes somáticos, puedan ser descompuestas en sus letras correspondientes.

Si dentro del código lingüístico la letra se configura a partir de una imagen óptica, que en tanto significante remite a una imagen acústica fonemática, es dable considerar la posibilidad de que la letra, en general, consista simplemente en la articulación solidaria de dos imágenes, una de las cuales opera como significante de la otra.

Ubicándonos dentro del campo de un hipotético código somático, éste estaría configurado por letras somáticas, consistentes en la articulación de imágenes sensoriales correspondientes a unidades mínimas somáticas que remitirían a imágenes de unidades mínimas correspondientes a otros órdenes sensoriales.

Dentro de esta perspectiva tendrá valor de letra toda imagen sensorial que remita a otra imagen sensorial con tal de que ésta, de por sí, no remita a un significado.

Si dentro del código lingüístico una imagen óptica remite a una imagen sonora para configurar así su letra, en el marco de los códigos no lingüísticos -somáticos y sensoriales- una imagen óptica puede remitir o tener como significado una imagen gustativa, una imagen olfativa o una imagen táctil, no existiendo orden alguno que precise que una determinada imagen deba funcionar exclusivamente como significante, mientras que las demás sólo puedan ser significadas por ella.



Estas pequeñas unidades van configurando un código desde un todo sensorial inicial, más que caótico, indiferenciado. Desde este código es válido preguntarnos qué sabor tiene el color, qué color tiene el sabor, cómo se ve el ruido o cómo se oye lo visto.

Algunas de estas articulaciones se dan en el estadio del espejo: cuando el nombre que nombra la imagen que se ve, se escucha; y cuando la escucha del nombre evoca o remite a la imagen del propio cuerpo. A partir de aquí se abre la posibilidad de

remontar esta primera identificación imaginaria, para acceder posteriormente a las identificaciones simbólicas.

Pero también es posible suponer que un sujeto pueda acceder a su propia imagen, a su específico registro imaginario, asociando su imagen óptica con otra imagen -olfativa, táctil, etc.-, lo que en más de un sentido puede confundir a algunos terapeutas que, frenéticamente, sólo quieren ver la letra en el registro de la lengua y que por ello dejan escapar los enunciados que se configuran a partir de los códigos somáticos.

En este punto, estamos preparados para exponer nuestra concepción de letra, a partir de la metáfora de la *letra rayada*. Si dentro del marco en que nos situamos, la unidad mínima de imagen que opera como significante remite a otra unidad mínima de imagen para dar cuerpo a la letra, nada ilustra más claramente su conformación que la articulación del rayo con el trueno.

El rayo -imagen óptica- significa para aquel que la percibe la proximidad de la percepción de la imagen auditiva que le corresponde: el trueno. De esta manera, el rayo opera como significante del significado trueno.

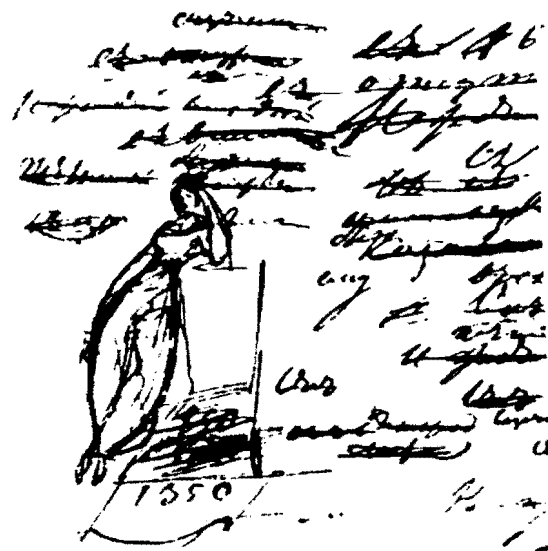
La conjunción de las imágenes del rayo y del trueno nos sirve para ilustrar tanto la fugacidad destellante de su aparición -que en sí misma nada significa- como el hecho de que en la escritura gráfica la letra inicialmente debe *rayarse* para devenir como tal.

La metáfora de la *letra rayada* propicia la comprensión de la aparición y desaparición súbita de imágenes de cuerpos, de cuyo ser nada sabemos pero que nos lo dejan entrever en la aparición de su letra, que se desgarrá en el instante mismo de su aparición.

No es casual el hecho de que se recurra en el psicoanálisis a dicha metáfora para dar cuenta de la fugacidad con que el ser se nos revela -para ocultársenos luego- sin que en ello deje de escribir su interrogante:

“Se trata aquí de ese ser que no aparece sino durante el instante de un relámpago en el vacío del verbo ser, y ya dije que plantea su cuestión para el sujeto. ¿Qué quiere decir eso? No la plantea *ante* el sujeto, puesto que el sujeto no puede venir al lugar donde la plantea, sino que la plantea *en el lugar* del sujeto, es decir que en ese lugar plantea la cuestión *con* el sujeto, como se plantea un problema *con* una pluma y como el hombre antiguo pensaba *con* su alma”⁸.

Nada puede ser más claro entonces: que el ser en tanto soma configurado como letra demanda al potencial escritor la re-escritura de un enigma para intentar, si no esclarecerlo, por lo menos sí traducirlo.



Alejandro Pushkin

8. Jacques Lacan, *op. cit.*, pág. 205.

De esta manera, el escritor es el instrumento de su propio ser, la pluma viviente de sí y el escriba y traductor de las letras de su propia carne.

Algo sobre la comunicación

La comunicación lingüística no está exenta del orden de lo corporal. El goce de la conversación no consiste solamente en el intercambio de información que interesa a las dos partes. Es un goce que tiene que ver con el cuerpo de los interlocutores, pues la palabra de cada uno de ellos porta inconscientemente el *soma-sema* o la letra somática que los anima.

Consiste simultáneamente en una interiorización y exteriorización mutua. La palabra metaforiza al soma y éste a la palabra. En el primer caso, el soma se *corporiza* en la palabra-voz; en el segundo, la palabra-voz se somatiza, se *Insoma*.

En el proceso comunicativo se pone de presente la necesidad de búsqueda y contacto corporo-somático. La significación portada por la palabra *busca un soma dónde anidar*. El sentido encarnado en la letra somática *persigue una palabra-voz dónde decirse*.

Tanto la producción como la recepción de mensajes lingüísticos comportan un componente psicofisiológico. Por ello se autoriza el denominar a la palabra *sema-soma*, en tanto sentido que busca, por intermedio de los órganos fono-articuladores, dotar al sentido de un significante lingüístico para significarlo.

La sustancia somática, originariamente indiferenciada, se delimita en unidades discretas para articularse entre sí y producir el sentido del cuerpo. Posee, por lo tanto, su propia semántica (placer-displacer), su propia sintáctica (el modo en que se relacionan las diferentes *zonas sintagmas corporales*) y su propia pragmática, puesta de manifiesto en la forma en que el cuerpo, en su totalidad, asume y usa sus letras.

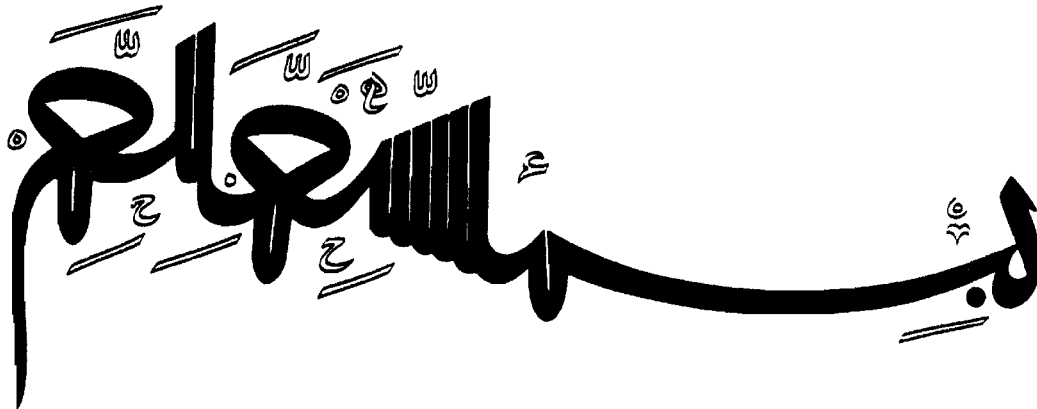
En la conversación se encarnan mutuamente los sujetos del sentido. Cuando plenamente hablamos a alguien, nos encarnamos en él mientras que el otro se encarna en nosotros, si nos ofrece el don de su palabra plena. Por ello, diaria y cotidianamente podemos realizar el misterio de la encarnación: Dios, la palabra o el gran Otro del lenguaje, se encarna en la conversación del diario vivir.

Bibliografía

BERNSTEIN, B., *La construcción social del discurso pedagógico*, Bogotá, Editorial El Griot, 1993.

JAKOBSON, R., *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975.

LACAN, J., “La instancia de la letra en el inconsciente”, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1979.



*“En el nombre de Dios, el clemente,
el misericordioso”. Caligrafía turca, 1575*

